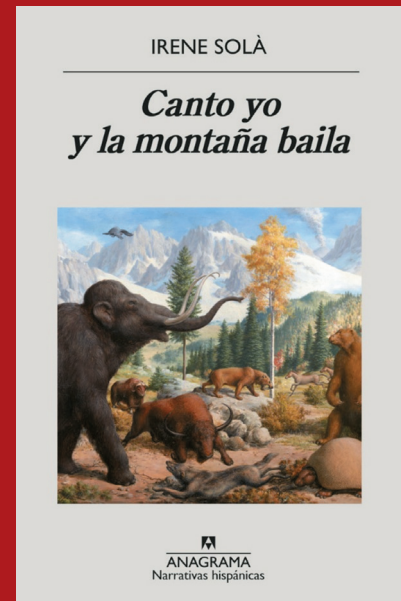




Traducir para perdonar

Mariano Lanza



Canto yo y la montaña baila se presenta, en su conjunto, como el retrato de un pueblo en la zona montañosa del Prepirineo catalán y acompaña, en particular, la vida de una familia, la que vive en la masía de Matavaques. Pero en su composición, cada uno de sus capítulos se organiza de forma autónoma: la voz narrativa cambia de uno a otro y cada personaje cuenta su propia historia. Esta forma coral no es novedosa, pero sí la composición del coro: nubes, hongos, animales, placas tectónicas, fantasmas, brujas y gentes armonizan la voz de este pueblo. La novela trae a la naturaleza como eje central de la estructura narrativa y tensiona las relaciones entre el pasado y el presente, o la vida y la muerte, o las de género, y se pregunta constantemente sobre lo humano. Pero la indagación más novedosa de Irene Solà es acerca de las posibilidades del lenguaje y su capacidad de alteridad. Es su forma de trabajar la literatura la que posibilita que tanta variedad de sensibilidades quepan juntas.

Lo que consigue, entonces, es un libro de traducción de todas las cosas, porque traducir es, sobre todo, comprender la alteridad y adaptar. No es una novela que traiga un lenguaje secreto o que dé voz. Se trata de atender, de mirar, de traer al texto la expresión de las cosas: de las plantas, de los animales, de los fantasmas, de los gestos. Y poder decirlas en palabras entendibles para quien lea, para ayudarle también a comprender.

En ello consiste la poesía, nos dice Hilari en el capítulo que condensa esta indagación autoral y literaria, «Yo miro: los caminos y los árboles, el cielo y el sol, las mañanas y las noches, las piedras y las ortigas, las boñigas de vaca y las cumbres, las rocas, el humo a lo lejos y los senderillos de jabalíes... y lo rimo todo» (p. 69). Rimar, hacer coincidir: el mundo está presto a ser contemplado y evocado. De este modo la novela capta la belleza de la montaña. Pero para hacerlo es insuficiente la perspectiva humana. Para poder ver el baile de la montaña, su lentísimo movimiento, es preciso cambiar de escala y trascender al tiempo de la historia nuestra. Para ver a la montaña bailar hay que poder mirar desde el tiempo del reposo tectónico hasta la explosión, la elevación.

Así las setas nos pueden ayudar, por ejemplo, que siempre han estado y estarán, «La eternidad, cosa ligera. Cosa diaria, cosa pequeña» (p. 41). O las nubes, que lo han visto todo y moldeado las cumbres a su antojo. O el oso que, como los árboles, como la maleza, estaba antes que el ser humano y era suyo el territorio. Deshumanizar la mirada, separarla de su pulsión egoica, tornarla natural, es decir, perteneciente a la naturaleza, de eso se trata.

También de escuchar con atención, nos dice Hilari. El corzo escucha los ruidos que le gustan y los ruidos del miedo. Escucha a la muerte que traen las personas: «El estallido más terrible que he oído en mi vida, el más ensordecedor, el más desgarrador» (p. 61), dice a propósito de una escopeta. Una escopeta, tan solo una

escopeta. En nuestra costumbre humana, un detalle en la industria de la muerte. Pero escuchar como un corzo, nos permite desacostumbrarnos a la violencia, ver en un disparo la gravedad de la bomba atómica.

La violencia, en *Canto yo...* es lo terrible, no la muerte. Naturalizar lo humano requiere de reconstituir nuestra relación con la muerte, «porque morirse a veces es curarse» (p. 85). La muerte no es una interrupción, sino parte de nuestra naturaleza, aunque implique un lío para nosotros, los vivos: las penas que dejamos bajo demasiada tierra, las que nos someten a nuestro propio silencio, las que se nos aparecen en sueños.

De este modo los muertos se llenan de vida y Solà no lo hace para explicitar una creencia trascendental del espíritu, sino como una advertencia. En la muerte no existe el tiempo, no existe el hambre, no existe la violencia, no existe la muerte. Existe únicamente una elección en la que sopesamos nuestra relación con el mundo: ¿escribimos poemas y nos bañamos en pozas cristalinas, o nos quedamos deambulando en hospitales para gente triste y marchamos en derrota hacia destinos inciertos?

Reconstituir nuestra relación con la muerte se trata también de vislumbrar el infinito, parafraseando a Hilari al hablar de la poesía. El infinito es la permanencia, la conmoción, las circunstancias y los gestos que se repiten, aunque cambien los nombres y las escenas: «Si fuera pintor vendría aquí a pintar esta clase de cuadros» (p. 68), afirma un turista al ver el cortejo fúnebre con las montañas de fondo. La belleza, el dolor, la vida y la muerte bordadas en la boca, como canta Serrat, nuestro paso mortal y nuestra inmortalidad porque en nosotros, como en las setas, la memoria de uno es también la memoria de todas, y en cada muerte hay algo de cada quién y de cuál, y en cada vida viven todas las personas. Lo mismo pasa con los capítulos de la novela. Solos son, pero son también porque forman parte del conjunto del libro.

El trabajo que Solà realiza está impulsado constantemente por la idea de libertad. El dolor, la culpa, el rencor, la violencia, la resignación, son formas de sujeción en el mundo. Son variables del caos, de la «violencia ciega» (p. 106), del desastre que pone todo de nuevo en movimiento sin nosotros. Por ello liberarse: para no padecer el golpe inmisericorde, para que la vida toda sea con nosotros, para armonizar la existencia de animales, de plantas, de fantasmas y de gestos, y con esa armonía poder escribir un poema sobre todas las formas que puede tener la libertad: la muerte, el exorcismo, la huida, el extravío, la memoria, el olvido, la comunidad y el perdón. El perdón, sobre todo. El perdón es la expresión máxima de alteridad en *Canto yo...*, es la disolución yoica de la narración sobre uno mismo, es el cometido de una buena traducción, es la posibilidad de otro destino.

Canto yo y la montaña baila es una obra de apertura de la sensibilidad, así como una búsqueda por redefinir lo humano; es un ejercicio constante de corrimiento del ego y de lo masculino como eje narrativo de nuestra existencia; es un canto a la libertad, a la literatura y a las formas de vida que ayuda a crear.

Irene Solà. *Canto yo y la montaña baila*. Barcelona: Anagrama. 200 páginas.